

Domingo 11 de abril de 1999
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 20,19-31

Tomás le dijo: "Señor mío y Dios mío"

El Evangelio de hoy contiene la más explícita y completa profesión de fe de todo el Evangelio. Y se encuentra en boca de quien menos se esperaría: ¡del apóstol Santo Tomás! En efecto, si este apóstol tiene algún rasgo distintivo es precisamente su incredulidad. ¿Cómo se explica esta paradoja?

Juan relata dos apariciones de Jesús resucitado a los discípulos, ocurridas ambas el primer día de la semana, es decir, el día siguiente al sábado. La primera ocurre el mismo día de la resurrección: "Al atardecer de aquel mismo día, el primero de la semana, estando cerradas por miedo a los judíos las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: 'Paz a vosotros'". Para entender esta introducción es necesario examinar lo que antecede, es decir, lo que dice el Evangelio de Juan sobre la mañana de aquel día.

La mañana de aquel día tuvo lugar la primera aparición de Jesús resucitado. Se apareció a María Magdalena y le dijo: "Vete donde mis hermanos y diles: 'Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios'. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras" (Jn 20,17-18). Ella vio al Señor vivo y dio testimonio de lo que vio y de lo que él le dijo. Transmitió sobre todo el mensaje destinado a los apóstoles, a quienes Jesús llama "mis hermanos", porque a ella Jesús le dijo también otras cosas. ¿Creyeron los apóstoles su testimonio? ¿Creyeron que Jesús estaba vivo? Obviamente no creyeron, porque si hubieran creído, su conducta no habría sido la de permanecer "a puertas cerradas por miedo a los judíos". Si Jesús estaba vivo, eso quería decir que él venció y con él vencieron "sus hermanos". Por tanto, si los apóstoles hubieran creído que Jesús estaba vivo no habrían temido a los judíos, pues los vencedores no temen a los vencidos, sino al revés.

En esta situación estaban los discípulos cuando se presentó Jesús mismo en medio de ellos. Y para identificarse, "les mostró las manos y el costado". Cualquiera que leyera este relato sin referencia a todo lo que antecede, y a lo que seguirá, consideraría que este es un modo extraño de identificarse. ¿Por qué no les mostró más bien su rostro, como sería lo normal? Este modo de identificarse -podemos imaginar- responde a la incredulidad de los apóstoles. Ellos ciertamente habrán respondido al testimonio de María Magdalena de la misma manera que lo hace más tarde Tomás, tal vez menos crudamente: "Si no vemos las señas de los clavos en sus manos y la herida de la lanzada en su costado, no creeremos que el hombre que tú viste sea el mismo Jesús, porque sabemos que Jesús está muerto como consecuencia de la crucifixión y que la lanzada puso un sello a su muerte". Jesús entonces se identificó de esa manera, y

los apóstoles lo vieron: "Los discípulos se alegraron de ver al Señor".

Pero no estaba Tomás con ellos. Los discípulos que vieron a Jesús resucitado y verificaron las señas de su crucifixión le dieron testimonio diciéndole: "Hemos visto al Señor". Aquí no tenemos nada que deducir porque el Evangelio relata explícitamente la incredulidad de Tomás. Reacciona molesto y, como decíamos, de manera cruda: "Si no veo en sus manos el signo de los clavos y no meto el dedo en el lugar de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré". A Tomás no le basta con ver; él tiene que tocar y urgar las heridas de Jesús para creer. Por eso cuando, ocho días después de la resurrección, en un día como hoy, se aparece de nuevo Jesús, estando Tomás presente, se dirige directamente a él y le dice: "Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y metela en mi costado; y no seas incrédulo sino creyente". Entonces Tomás también vio y creyó, lo mismo que María Magdalena y que los demás discípulos. Pero ¿qué gracia tiene creer lo que se ve? ¿Se puede llamar a esto fe? No. Creer lo mismo que se ve, no es fe.

Y, sin embargo, Jesús reconoce que Tomás ha creído: "Porque me has visto, has creído". Es que Tomás no cree lo mismo que ve; él cree mucho más que lo que ve. Tomás ve a Jesús vivo y verifica las señas de su pasión y ya no niega que haya resucitado. En esto es igual que los demás apóstoles y no es más incrédulo que ellos. Pero resulta más creyente que ellos, porque cree la divinidad de Jesucristo y la profesa exclamando: "Señor mío y Dios mío". Tomás ve a un hombre resucitado y confiesa a su Dios. Por eso, sólo respecto de él dice Jesús: "Has creído".

¿Qué quiere decir la bienaventuranza: "Dichosos los que no han visto y han creído"? Si todos los apóstoles están en la misma situación que Tomás y también María Magdalena, pues todos han necesitado ver, ¿a quién se refiere Jesús? Podemos intentar una primera respuesta: el autor habla de sí mismo, se refiere a su propia experiencia. En efecto, al discípulo amado, que es quien escribe estas cosas, es el único que en cierta medida "no ha visto y ha creído". Cuando él llega al sepulcro, ve las vendas en el suelo y el sudario bien plegado en un lugar aparte; pero a Jesús no lo vio. Y, sin embargo, dice que "vio y creyó". También él vio algo y creyó mucho más: vio las vendas y el sudario y, sobre todo, la ausencia del cuerpo de Jesús, y creyó que había resucitado de entre los muertos.

Pero hay alguien que no vio nada y creyó todo. Esta única persona es la Virgen María. Ella no va al sepulcro a buscar a Jesús ni a verificar que esté vacío, pues ella ya cree en su palabra: "El Hijo del hombre al tercer día resucitará". Por eso sólo la Virgen María merece esa bienaventuranza de manera plena. Y también nosotros, pero sólo en la medida en que nuestra fe es firme. Nosotros tampoco hemos visto; pero creemos al testimonio de los apóstoles que nos transmite la Iglesia: "Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello" (Hech 3,15).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción